

se produce una penetración continua, una fecundación moral, una manifestación de tesoros ocultos en nosotros. Pero el alma humana se ignora á sí misma; falta de conocimiento y de voluntad, deja adormecidos sus ocultos poderes. En vez de mandar á la materia, se deja dominar por ella, y esta es la causa de sus males, de sus pruebas, de sus flaquezas.

El espiritualismo moderno viene, por esto, á decir á todos: ¡Oh hombres! eleváos con el pensamiento por encima de las cosas terrestres; eleváos más y más alto para comprender que sois los hijos de Dios, mucho más alto para sentir que estáis ligados á El, á su obra inmensa, destinados á un fin al lado del cual todos los otros son secundarios; y este fin, es la entrada en la gran comunión, en la santa armonía de los seres y de los mundos, que no se realiza sino en Dios y por Dios!

XI

RENOVACION.

Como creemos haberlo establecido en las páginas que preceden, el espiritualismo moderno descansa sobre testimonios universales. Se apoya sobre hechos experimentales observados en todos los puntos del globo por hombres de todas condiciones, entre quienes se encuentran sabios pertenecientes á todas las grandes universidades y á muchas academias célebres. Debido á ellos y debido también á sus esfuerzos, la ciencia contemporánea, á pesar de sus vacilaciones y sus repugnancias, ha sido conducida poco á poco á interesarse en el estudio del mundo invisible.

De año en año, ha ido aumentando el número de experimentadores. A las pesquisas han sucedido otras pesquisas, y siempre los resultados han venido á confirmar las afirmaciones anteriores. De estas observaciones, multiplicadas hasta lo infinito, ha nacido una certidumbre: la de la supervivencia del sér humano, y con ella las más precisas nociones acerca de las condiciones de la vida futura.

Por el atento estudio de los fenómenos, por la permanente comunicación establecida con el más allá, el espiritualismo moderno ha llegado á confirmar las grandes tradiciones del pasado, las enseñanzas de todas las religiones, de todas las elevadas

filosofías que se relacionan con la inmortalidad del sér y la existencia de una causa ordenadora del universo. Les ha dado una sanción definitiva. Lo que hasta entonces no era más que hipótesis y especulación del pensamiento, ha llegado á ser un hecho adquirido. La vida futura se ha dejado ver en su realidad más sorprendente; la muerte ha perdido su aspecto terrífico; el cielo se ha aproximado á la tierra.

El espiritualismo ha hecho más. De este conjunto de estudios, de esta investigación proseguida durante medio siglo, de todos los hechos, de todas las revelaciones obtenidas ha constituido una nueva enseñanza libre de toda forma oscura ó simbólica, fácilmente accesible aun para los humildes, y que, para los eruditos y pensadores, abre vastas perspectivas en los altos grados de los conocimientos, referentes á la concepción de un ideal superior.

Esta enseñanza puede ser satisfactoria á todos, tanto para los espíritus más elevados como para los más modestos, pero se dirige sobre todo á los que sufren, á los que se doblegan bajo pesada carga ó penosa prueba, á los que tienen necesidad de una fe viril que les sostenga en su camino, en sus trabajos, en sus dolores. Se dirige á la muchedumbre humana. La muchedumbre se ha vuelto incrédula y desconfiada con respecto á todo dogma, á toda creencia religiosa, porque comprende que se ha abusado de ella durante siglos. Sin embargo, subsisten siempre en ella aspiraciones confusas al bien, necesidad innata de progreso, de libertad y de luz, que facilitarán la manifestación de la idea nueva y su acción regeneradora.

El espiritualismo moderno satisface estas necesidades innatas del alma humana, que ninguna otra doctrina ha podido satisfacer por completo. Por la ley de las existencias sucesivas nos muestra la justicia regulando los destinos de todos los seres. Por ella no hay ya gracias especiales ni privilegios, ni redención por la sangre de un justo, ni desheredados, ni favorecidos. Todos los espíritus que pueblan la inmensidad diseminados en el espacio ó en los mundos materiales, son hijos de sus obras; todas las almas que animan á los cuerpos carnales ó esperan las nuevas encarnaciones, son del mismo origen y están llamadas al mismo fin. Los méritos, únicamente los méritos, las virtudes adquiridas las distinguen, pero todas pueden elevarse por sus propios esfuerzos y recorrer la vía del perfeccionamiento

infinito. Todos estos espíritus, encaminados hacia un fin común, forman una misma familia, subdividida en numerosas agrupaciones simpáticas, en asociaciones espirituales de las que la familia humana es sólo un reflejo, una reducción, y en la que todos los miembros se siguen y se ayudan al través de sus múltiples existencias, viviendo alternativamente, ya la vida terrestre ó ya la vida libre de los espacios, mas para reunirse tarde ó temprano.

La muerte pierde, por lo tanto, el aspecto lúgubre, aterrador que hasta hoy se la había atribuido. Ella no es ya el "rey de los espantos," sino más bien un renacimiento, una de las condiciones del crecimiento y desarrollo de la vida. Todas nuestras existencias se reúnen y forman un conjunto. La muerte no es más que el tránsito de la una á la otra; para el sabio, como para el hombre de bien, es la puerta dorada que se abre ante más bellos horizontes.

Quando las suposiciones que invaden nuestra mente se hayan desvanecido, el hombre comprenderá la beldad serena y majestuosa de la muerte. Es un error creer que ella nos aleja de aquellos que nos son queridos. Gracias al espiritismo tenemos el consuelo de saber que los seres amados que nos han precedido en el más allá, velan por nosotros y nos guían en el camino obscuro de la existencia. Muchas veces están á nuestro lado, invisibles, listos para socorrernos en el infortunio, para ayudarnos en la desgracia, y esta creencia nos da la calma del espíritu, la fuerza moral en la prueba. Sus comunicaciones, sus mensajes, nos dulcifican las amarguras del presente, las tristezas de una separación que sólo es aparente. Las enseñanzas de los Espíritus desarrollan nuestra inteligencia y nuestros sentimientos elevados; tienden á hacernos mejores y más confiados en el porvenir y en la bondad de Dios.

Así se realiza y se revela á nuestros ojos la ley de fraternidad y de solidaridad que une á todos los seres y de la que la humanidad siempre ha tenido intuición. Ya no más salvación personal, ya no más juicio inexorable que fije para siempre al alma lejos de aquellos que le son queridos, sino la separación siempre posible, con ayuda de nuestros hermanos del espacio, la unión de los seres en su ascensión colectiva y eterna.

Esta revelación nos proporciona nuevas fuerzas contra el desfallecimiento, contra las tentaciones, los malos pensamien-

tos que puedan asaltarnos, y de las que nos preservaremos con más cuidado, sabiendo que serían causa de aflicción para los miembros de nuestra familia espiritual, para nuestros amigos invisibles.

Con el materialismo la fraternidad no era más que un dicho, el altruismo una teoría sin raíces y sin objeto. Sin fe en el porvenir, el hombre dirigía forzosamente su atención á lo presente y á los goces que pudiese contener. A pesar de todas las investigaciones de los teóricos y de los sofistas, se sentía poco inclinado á sacrificar su personalidad, sus intereses ó sus gustos en provecho de una colectividad pasajera, á la cual le ataban los lazos formados ayer y que mañana desataría. Si la muerte es el fin de todo, pensaba. ¿para qué imponerse privaciones que nada vendrá á compensar? ¿De qué servirán la virtud y el sacrificio si todo ha de terminar en la nada?

El resultado inevitable de semejantes doctrinas era el incremento del egoísmo, la ambición febril de riquezas, la exclusiva preocupación por los goces materiales; era el desencadenamiento de las pasiones, de los apetitos furiosos, de las ardientes codicias. Hé ahí lo que fatalmente se produjo. Por la acción de estos soplos destructores, la sociedad oscila sobre sus bases, y con ella todas las nociones de moralidad, de fraternidad, de solidaridad, que el nuevo espiritualismo viene muy á tiempo á restaurar y consolidar.

"La creencia en la inmortalidad—ha dicho Platon—es el "lazo de toda sociedad; roto este lazo, la sociedad se disuelve."

Nuestra época, conducida hacia la duda y la negación por las exageraciones teológicas, perdía de vista esta idea salvadora. El espiritismo experimental le vuelve la fe perdida, apoyándola sobre nuevas é indestructibles bases.

La superioridad moral de la doctrina de los Espíritus se afirma en todas materias. Con ella se desvanece la idea inícuca del pecado de un solo hombre recayendo sobre todos. Ya no hay más decadencia, ni falta colectiva; las responsabilidades son personales. Cualquiera que sea su condición en este mundo, ya haya nacido en la miseria y el sufrimiento, ó desprovisto de ventajas físicas y de brillantes facultades, el hombre sabe ya que no sufre suerte inmerecida, sino simplemente las consecuencias de sus acciones anteriores.

En consecuencia, la sabiduría consiste en aceptar nuestra

suerte sin murmurar, en llenar fielmente nuestra misión, en prepararnos así para otras situaciones que irán mejorando á medida que, por nuestro progreso, vayamos teniendo acceso á sociedades mejores, libres ya de las sujeciones que pesan sobre los mundos materiales.

Gracias á la doctrina de los Espíritus el hombre comprendé por fin el objeto de su vida; ve en ella un medio de educación y de reparación, conoce la magnitud de su tarea; cesa de maldecir el destino y de acusar á Dios. Se ha libertado al mismo tiempo de las pesadillas de la negación y del infierno, y de las ilusiones de un ocioso paraíso. La vida futura no es ya una contemplación beata é inútil ni la eterna inmovilidad de los elegidos ó el eterno suplicio de los condenados; es la evolución por grados, es, después del círculo de pruebas y de transmigraciones, el círculo de la felicidad, pero siempre es la vida activa y creciente, la conquista por medio del trabajo, del acopio creciente de ciencia, de poder, de moralidad; es una progresiva participación en la obra divina, en forma de misiones diversas, misiones de sacrificio y de enseñanza al servicio de las humanidades.

*
*
*

Hoy todo el mundo reconoce la necesidad de una educación moral, capaz de regenerar á la sociedad y de arrancar á la Francia de ese estado de decadencia que, acentuándose más cada día, amenaza llegar á la caída y á la ruina.

Por mucho tiempo se ha creído haber hecho bastante con extender la instrucción; mas la instrucción sin la enseñanza moral es impotente y estéril. Ante todo, es necesario hacer del niño un hombre, un hombre que conozca sus deberes como conoce sus derechos. No basta con desarrollar las inteligencias; es necesario formar los caracteres, fortificar las almas y las conciencias. Los conocimientos deben ser completados por luces que aclaren el porvenir y precisen el destino del sér. Para formar una sociedad nueva es necesario hacer hombres nuevos y mejores. Sin esto, todas las reformas económicas, todas las combinaciones políticas, todos los progresos intelectuales serán insuficientes; el orden social no tendrá más valor que el que nosotros tenemos.

Mas esa necesaria educación ¿en qué podrá apoyarse? No será seguramente en teorías negativas, pues que ellas han sido causa, en parte, de los males del presente. No será tampoco sobre dogmas añejos y doctrinas muertas, sobre creencias superficiales y aparentes que no tienen ya raíces en el alma.

¡Nó! la humanidad no quiere ya símbolos, ni leyendas, ni misterios, ni más verdades ocultas. Lo que le falta es la gran luz, la espléndida manifestación de la verdad que tan sólo el nuevo espiritualismo puede proporcionarle.

El sólo puede dar á la moral una base definitiva y procurar al hombre moderno las fuerzas necesarias para soportar dignamente sus pruebas, discernir las causas, reaccionar contra ellas, cumplir en todo con el deber.

Con el nuevo espiritualismo el hombre sabe á dónde va; su paso se hace más firme, más seguro. Sabe que la justicia gobierna el mundo, que todo se encadena, que cada una de sus acciones, buenas ó malas, recaerá sobre él con el transcurso de los tiempos. En este pensamiento encontrará un freno para el mal, un estímulo poderoso para el bien.

Los mensajes de los Espíritus, la comunión de los vivos y de los muertos le han mostrado el porvenir de ultratumba en su más palpable realidad; sabe la suerte que le espera, qué responsabilidades le incumben, qué cualidades debe adquirir para ser feliz.

En efecto, desde el momento en que las condiciones de la vida son conocidas, se precisa el objeto de la existencia, la regla de la vida presente se impone de una manera imperiosa ante todo espíritu cuidadoso de su porvenir. Entonces comprende que no ha venido aquí abajo para buscar placeres frívolos, para satisfacer vanas y pueriles ambiciones, sino para desarrollar sus cualidades superiores, corregir sus defectos, poner en obra todo aquello que pueda contribuir á su elevación.

El estudio del espiritismo nos enseña que la vida es un combate por la luz; la lucha y la prueba no terminarán sino por la conquista del bien moral. Este pensamiento tiembla las almas, las prepara para las grandes tareas, para las nobles acciones. Con el sentimiento de lo verdadero despierta en nosotros la confianza. Fortificados con estos preceptos, no temeremos más ni á la adversidad, ni á la muerte. Con corazón intrépido, y á pesar de los golpes de la suerte, avanzaremos por la vía traza-

da; sin debilidad, sin pesar abordaremos la otra orilla cuando haya llegado la hora.

Del mismo modo la moralizadora influencia del espiritismo penetra poco á poco en los círculos más diversos desde los más cultos hasta los más oscuros y los más degradados.

La prueba la tenemos en el hecho siguiente: desde 1888 los sentenciados á trabajos forzados en la prisión de Tarragona (España) enviaron al Congreso Espírita internacional de Barcelona, una carta conmovedora manifestando toda la magnitud de los socorros morales que les había proporcionado el conocimiento del espiritismo. (1)

Se puede también comprobar, en los centros de obreros en que se ha propagado el espiritismo, cierta notable templanza en las costumbres, una resistencia más firme á todos los excesos en general y á las teorías anarquistas con particularidad. Gracias á los consejos de los Espíritus bastantes hábitos viciosos se han reformado, muchos caracteres turbulentos se han tornado en apacibles. Habiendo perdido la creencia, sus enseñanzas han hecho renacer entre ellos virtudes por cierto ya hoy bien raras.

Es un espectáculo consolador, por ejemplo, ver afluir todos los domingos á Jumet (Bélgica), de todos los puntos de la cuenca de Charleroi, numerosas familias de mineros espíritas; se agrupan en una vasta sala, en donde, después de los preliminares de costumbre, escuchan todos, con recogimiento, las instrucciones que sus guías invisibles les hacen escuchar por boca de los mediums dormidos. Por uno de ellos, simple obrero minero, poco instruido y que habitualmente se explica en dialecto wallon, se manifiesta el espíritu del canónigo Xavier Mouls, sacerdote de gran valía y de elevadas virtudes, á quien se debe la vulgarización del magnetismo y del espiritismo en las chozas de la cuenca. Mouls, después de crueles pruebas y de duras persecuciones, dejó la tierra, pero su espíritu vela siempre por sus queridos mineros. Todos los domingos toma posesión de los órganos de su medium favorito, y después de algunas referencias de los textos sagrados, con una elocuencia verdaderamente sacerdotal, desarrolla ante ellos en castizo francés, du-

(1). Véase el Informe dado por el Congreso espírita de Barcelona, 1888. Librería de las ciencias psíquicas. París.

rante una hora, el tema elegido, hablando al corazón y á la inteligencia de sus oyentes, exhortándolos al deber, á la sumisión á las leyes divinas. Y así como es grande la impresión producida en estas buenas gentes, lo mismo pasa en todos los centros en donde el espiritismo se practica de un modo serio por los humildes de este mundo.

Algunas veces llegan á manifestárseles ciertos espíritus de mineros, conocidos de los presentes y que han participado de su vida laboriosa. Se les reconoce con facilidad por su lenguaje, por sus expresiones familiares, por mil detalles psicológicos que son otras tantas pruebas de identidad. Describen su modo vivir en el espacio, las sensaciones experimentadas en la muerte, sus sufrimientos morales, resultado de un pésimo pasado, costumbres perniciosas contraídas por inclinación á la mendicidad ó al alcoholismo, y estas conmovedoras descripciones, llenas de animación y de originalidad, ejercen en el auditorio grande efecto moral, viva y saludable impresión. De aquí una sensible transformación en las ideas y en las costumbres.

Considerando estos hechos, ya numerosos, y que se multiplican cada día, se puede calcular desde ahora la cantidad de pobres almas que el espiritualismo ha consolado y reconfortado. Ha preservado del suicidio á buen número de desesperados; demostrándoles la realidad de la supervivencia, les ha dado el valor y el gusto por la vida.

Creemos no cometer exageración diciendo que millares de seres humanos, pertenecientes á diversas comuniones religiosas, católicas y protestantes, y hasta representantes oficiales, algunos, de estas religiones, á quienes la muerte de sus allegados y las pruebas de la vida habían abatido, no obstante los auxilios de las doctrinas que les eran familiares, han encontrado en la comunión de los muertos, en vez de una fe vaga, una convicción precisa, una inquebrantable confianza en la inmortalidad.

Véase lo que escribía un pastor protestante á Russell Wallace, académico inglés, después de haber comprobado la realidad de los fenómenos espíritas:

“La muerte es para mí ahora una cosa diferente de lo que

(1). Habitaciones de los mineros belgas.

antes era: después de haber sufrido un gran abatimiento á consecuencia de la muerte de mis hijos, estoy en la actualidad lleno de confianza y de gozo; *soy otro hombre.*" (1)

En contraposición de estos testimonios, tan elocuentes por su sencillez, podría objetarse, es verdad, los fraudes, el uso de supercherías, el charlatanismo y la mediuinidad venal; en una palabra, todos los abusos engendrados en ciertos casos por cierta mala práctica experimental del espiritismo y de la que ya hemos hablado.

Mas aquellos que se entregan á esas maniobras, demuestran por eso mismo su ignorancia del espiritismo. Si comprendieran los preceptos y las leyes, sabrían lo que les preparan esos actos que son otras tantas profanaciones. Sabrían lo que se arriesga en hacer de una cosa respetable y sagrada, á la que no se debe tocar sino con recogimiento y piedad, un medio vulgar de explotación, un comercio vergonzoso.

Se nos recordará también la influencia de los malos espíritus, las comunicaciones apócrifas firmadas con nombres famosos, los casos de obsesiones y de posesiones. Pero estas influencias se han ejercido, estos hechos se han producido en todos los tiempos; los hombres siempre han estado expuestos —muchas veces sin conocer las causas— á las maldades de los invisibles de orden inferior, y el estudio del espiritismo viene precisamente á proporcionarnos los medios de apartar estas influencias, de obrar sobre los espíritus malvados, para atraerlos hacia el bien por medio de la evocación y la oración.

Porque la acción saludable del espiritismo no sólo se ejerce sobre el hombre; ella también se extiende á los habitantes del espacio. Por medio de las relaciones establecidas entre los dos mundos, los adeptos esclarecidos pueden obrar sobre los espíritus inferiores, y por medio de frases de consuelo y de piedad, por medio de sabios consejos, arrancarlos del mal, del odio y de la desesperación.

Y hé aquí un deber imperioso, el deber de todo sér superior para con sus hermanos inferiores, ya pertenezcan á un mundo ó al otro; es el deber del hombre de bien, al que el espiritismo eleva á la dignidad de educador y de guía de los espíritus perversos y atrasados, conducidos hacia él para diri-

(1) Russell Wallace. *El Espiritualismo Moderno*, p. 295.

girlos y mejorarlos. Este es al mismo tiempo el medio más seguro de curar fluidicamente á los allegados de la tierra, el medio en que vive y se agita la humanidad.

Con este objeto, todo círculo espírita de cierta importancia consagra una parte de sus sesiones á la instrucción y á la moralización de las almas culpables; por la solicitud que se les consagra, por avisos caritativos, y sobre todo por medio de fervientes oraciones que recaigan sobre ellos en efluvios magnéticos, no es raro ver á los espíritus más empedernidos volver hacia mejores sentimientos, poner por sí mismos un término á las penosas obsesiones con que asediaban á sus víctimas.

Por su concepto erróneo de la vida de ultratumba, por su doctrina de la condenación eterna, la Iglesia por mucho tiempo ha entorpecido el cumplimiento de este deber. Había prohibido toda comunicación entre los hombres y los espíritus y abierto entre ellos un abismo. Todos aquellos que, al separarse de la tierra, eran considerados como condenados por sus faltas, veían cerrarse para los hombres toda salida, desvanecerse toda esperanza de socorro moral, de consuelo y de oración.

Lo mismo acontecía por lo tocante al cielo, pues los espíritus elevados, por la sutil naturaleza de su envoltura, por sus fluidos etéreos, poco en armonía con los de los espíritus inferiores, experimentaban más dificultades que los hombres en comunicarse con ellos, en razón de la diferencia de afinidad. Todas las pobres almas errantes, desgarradas por la angustia, asediadas por los punzantes recuerdos del pasado, estaban abandonadas á sí mismas, sin que un pensamiento amigo, como un rayo de sol, pudiese iluminar sus tinieblas. Imbuídas, en su mayor parte de prejuicios inveterados, muchas veces penetradas, por una falsa educación, de la realidad de las penas eternas que creían soportar, su situación se hacía horrible y suscitaba en ellas pensamientos de rabia y de furor, una necesidad de venganza que procuraban ejercer sobre los hombres débiles ó los inclinados al mal.

La acción malévola de esos espíritus se aumentaba por el mismo hecho de su abandono. Retenidos por sus fluidos groseros en la atmósfera terrestre, en contacto permanente con los humanos, accesibles á su influencia y en posibilidad de ha-

cer sentir la suya, no tenían más que un objeto, el de hacer participar á los hombres de las torturas que ellos creían sentir. Por esto es que durante la Edad Media, época en la cual fueron prohibidas las relaciones con el mundo invisible, consideradas como culpables y merecedoras de la pena del fuego, se ven multiplicar durante largos siglos los casos de ilusión, de posesión, y extenderse la influencia perniciosa de los espíritus del mal. Más bien que procurar atraerlos por las oraciones y las exhortaciones benévolas, la Iglesia sólo tiene para ellos anatemas y maldiciones; ella no procede sino con el uso de exorcismos, medio ciertamente impotente, y cuyo único resultado es irritar á los espíritus malos, provocar sus respuestas cínicas é impías y las acciones indecentes ú odiosas que sugieren á sus víctimas.

Al perder de vista las puras tradiciones cristianas, al sofocar la voz del mundo invisible con la amenaza de las torturas y la hoguera, la Iglesia ha desconocido la gran ley de solidaridad que une á las criaturas de Dios en su ascensión común, é impone á las más avanzadas la obligación de trabajar en instruir y enmendar á sus hermanas inferiores. Durante siglos ella ha privado al hombre de los socorros, de las luces, de los recursos inapreciables que procura la comunión de los espíritus elevados: ha privado á las generaciones de esas comunicaciones de ternura con los seres amados que nos han precedido en la otra vida, comunicaciones que son el gozo, el supremo consuelo de los afligidos, de los desamparados en la tierra, de todos los que sufren las angustias de la separación: ha privado á la humanidad de esa ola de vida espiritual que desciende de los espacios, refrigera las almas y vuelve á levantar los corazones desfallecientes y entristecidos.

Así se ha ido haciendo la obscuridad poco á poco en los cerebros y en las doctrinas, las más claras verdades se han ido ocultando, y las concepciones pueriles ú odiosas han aparecido por la falta de examen. Y la duda se ha extendido, el espíritu de escepticismo y de negación ha invadido al mundo. (1)

(1) La Iglesia, por boca de sus teólogos más acreditados, ha creído poder afirmar que ningún sentimiento de piedad y de caridad subsistía en el corazón de los creyentes y los bienaventurados, para aquellos que fueron sus parientes, sus prójimos, sus compañeros de existencia en este mundo:

“Los elegidos, en el cielo, no conservan ningún sentimiento de amistad y

El espiritismo viene á restablecer esta comunión de las almas que es una fuente de fuerza y de luz. Al hacernos conocer la vida futura con sus verdaderos aspectos, nos une á todas las potencias del infinito y nos hace aptos para recibir sus inspiraciones. Las enseñanzas de los espíritus superiores, los consejos de nuestros amigos de ultratumba, ejercen en nosotros una impresión más profunda que todas las exhortaciones venidas del púlpito ó las lecciones de la más alta filosofía.

Al mostrarnos en los espíritus malévolos las almas descarriadas, susceptibles de volver al bien; al proporcionarnos los medios de influir en ellos, de mejorar su suerte, de preparar su elevación, el espiritismo hace cesar un deplorable antagonismo; hace imposible la vuelta de las escenas de posesión de que está lleno el pasado. Inspira al hombre la actitud única que conviene para con los Espíritus elevados, que son sus maestros y sus guías, así como para con los espíritus inferiores, que son sus hermanos. Le dispone para llenar dignamente el papel que le impone la ley de solidaridad y de caridad que une á todos los seres.

Ya lo vemos, el espiritismo ejerce en todos los medios su influencia bienhechora.

En el espacio, mejora el estado de los espíritus inferior-

“de amor para los réprobos; no tienen por ellos ninguna compasión, y aun gozan con el suplicio de sus amigos y de sus prójimos.”

“Los elegidos gozan en cuanto á que se consideran exentos de tormentos, y que, por otra parte, toda compasión será amortiguada en ellos, porque admirarán la justicia divina.” (*Summa Theológica* de Santo Tomás de Aquino. Suplemento á la 3ª parte, cuestión 95, arts. 1, 2 y 3, edición de Lyon, 1685, t. II p. 425.)

Esta es también la opinión de San Bernardo (*Tratado De diligendo Deo*, cap. XV, 40; edición Mabillon, t. I, col. 601.)

De aquí, la consecuencia sacada por ciertos autores místicos: “Para llegar desde aquí abajo á la vida perfecta, es necesario no conservar ninguna liga culpable; pues si un padre, una madre, un esposo ó una esposa, etc., han muerto notoriamente criminales y en estado de pecado mortal, es conveniente arrancar del corazón todo recuerdo de ellos, pues que son odiados perpetuamente de Dios, y no se les podría amar sin cometer impiedad.”

Doctrina monstruosa, destructora de toda idea de familia y muy diferente de las enseñanzas del espiritismo, que fortifican el espíritu de familia, mostrándonos los lazos que unen á sus miembros, preexistentes y persistentes en la vida del espacio. Ninguna alma es odiada por Dios, Dios, que es el amor infinito, no puede odiar. El alma culpable expía, se rescata, se levanta, tempranó ó tarde, con la ayuda de sus hermanos más avanzados.